

Azar Nafisi y otras voces de Irán

EVA MUÑOZ

Cuando Azar Nafisi tenía cuatro años, pidió permiso a su madre para poner su cama bajo la ventana del dormitorio. Su madre se negó y la niña permaneció muy disgustada en su habitación el resto de la tarde. Esa noche, su padre le propuso un juego. Echada en su cama, debía cerrar los ojos e imaginar que estaba bajo la ventana... Comenzaba un juego que permitiría a padre e hija sortear las limitaciones de la realidad y que, junto a los relatos del *Shahnameh*, el libro de los reyes persas del poeta Firdausi, iba a descubrir a Azar un *hogar portátil*: la literatura.

Azar Nafisi nació en Teherán en el seno de una familia notable. Su padre, Ahmed Nafisi, procedía de una familia culta y religiosa, cuyo hogar había abandonado para ir a estudiar y trabajar a Teherán. Allí consiguió una holgada posición y dedicó sus inquietudes intelectuales a la literatura y la política, llegando a convertirse en alcalde de Teherán durante la monarquía del sha. Sin embargo, la mayor fabuladora de la familia era la madre de Azar, Nezhat. La escritora sitúa en las sucesivas tragedias y frustraciones vividas la tendencia de su madre a negar la realidad y crearse su propia versión de los hechos. Dos posibilidades de la fabulación: abrir o cerrar caminos, acercarnos o alejarnos de la verdad. Dos posibilidades que han estado presentes en la vida de la autora desde el principio, en su familia y en su país, cuyo régimen teocrático persigue las obras de la imaginación pero crea sus propias ficciones de la historia y del presente que trata de imponer a la población de manera brutal. En ese cruce entre lo privado y lo público se sitúan las memorias de Azar Nafisi, *Cosas que he callado* (recién publicado por Duomo), una excelente narración de la historia familiar a través de la que asistimos a la evolución histórica y política de Irán en el último siglo. Un libro de memorias en el que con naturalidad se incorporan elementos de la novela y el ensayo y que contiene interesantes reflexiones acerca de la literatura, la política y los estragos causados por los régimes teocráticos.

“La libertad de las mujeres no es oriental ni occidental, es un derecho humano fundamental”, afirma la autora. “Antes de la revolución, teníamos leyes muy progresistas en cuanto a los derechos femeninos. ¡Teníamos mujeres jueces!”. Uno de los resultados de un proceso de modernización que, a principios del siglo XX, habían emprendido países de Oriente Medio como Líbano, Siria, Egipto, Iraq, Turquía o Irán. Un conjunto de reformas sociales y políticas que iniciaban un camino hacia el progreso que, “a pesar de todas las involuciones posteriores, no tiene retorno”.

Tras doctorarse en literatura inglesa en EE.UU., Nafisi regresó a Teherán en 1975. Eran los últimos años del sha,

un monarca que había emprendido importantes reformas democráticas pero que había acabado sucumbiendo al autoritarismo y la injerencia extranjera, perdiendo el apoyo de los iraníes, quienes pusieron sus esperanzas en la revolución jomeinista. También Azar y su familia. La ilusión fue breve. La islamización de la universidad echó a Nafisi de las aulas. Regresó años después. Resistió. Hasta que en 1997, hastiada de la complicidad a la que, explícita o implícitamente, el régimen la obligaba, se instaló con su marido e hijos en Washington, donde acabó su libro *Leer Lolita en Teherán* y es hoy profesora en la Johns Hopkins University. Hoy, dice, la resistencia del gobierno iraní está sólo en las armas. “No soy una persona optimista, pero estoy esperanzada. El 70% de la población iraní tiene menos de treinta años. Son personas conectadas con el exterior, quieren un futuro y no van a permitir que el régimen teocrático se lo arrebate. Irán cambiará, y será un referente para otros países del entorno”.

A través de la literatura nos acercamos a una sociedad plural y compleja que está muy por delante de sus líderes

En los últimos tiempos, Irán es uno de los países con mayor presencia mediática. Atentas a este nuevo foco de interés y conocedoras de lo poco nutritivo que está el mercado español de libros de autores no occidentales, diversas editoriales han incluido esta temporada entre sus novedades obras de escritores iraníes. Memorias, documentos o novelas, estos relatos tienen la gran virtud de arrojar luz sobre los contornos de un país del que apenas conocemos sus trazos más obtusos y simplificados. A través de los libros de Nafisi, Ghahramani, Ebadi o Pezeshkzad nos acercamos a una sociedad que, como dice Nafisi, está muy por delante de sus líderes, más plural y compleja de lo que comúnmente tendemos a asumir.

Mi vida como traidora (El Aleph Editores) es el relato en primera persona de Zarah Ghahramani (Teherán, 1981), una joven iraní detenida y encarcelada tras unas protestas estudiantiles en el 2001. Durante treinta días, Zarah fue interrogada y torturada. A su salida, se le prohibió participar en cualquier actividad pública o volver a la universidad. Zarah se exilió a Australia, donde vive y donde, en colaboración con el novelista Robert Hillman (Victoria, 1948), ha escrito este testimonio. Lejos de la autoindulgencia, es destacable la mirada crítica con la que la autora narra los hechos. Ella no era más que una chica de 18 años, con un fuerte sentido de la justicia y la libertad individual aprendidos

en el seno de su familia, pero sólo una joven a la que interesaban los libros, los chicos, las fiestas y las cosas bonitas, no necesariamente en ese orden. No tenía vocación de heroína. Para alguien así, la cárcel y la tortura es una experiencia sin retorno (quizás para cualquiera). Y no hay duda de que Ghahramani acierta a transmitirnos esa quiebra, así como el miedo, el pánico, a través de un lenguaje directo y despojado.

A través del trágico destino de tres hermanos, amigos de la autora y narradora desde la infancia, la premio Nobel de la Paz Shirin Ebadi (Hamadán, Irán, 1947) nos acerca en *La jaula de oro* (La Esfera de los Libros), su primera novela, a los últimos cincuenta años de Irán, para mostrarnos de qué modo ha truncado las vidas de tantos iraníes. A partir de esas experiencias, nos aproximamos a la sociedad iraní de los años 60 y 70, una sociedad depauperada que sufre las contradicciones de la modernidad y donde las clases acomodadas (en que se inscriben la autora y los protagonistas), cada vez más críticas con el sha, progresivamente más autoritario y lejos de la realidad y al que acusan de venderse a Estados Unidos, prestan ingenuamente su apoyo a Jomeini. Transitando de los acontecimientos históricos a los íntimos, conoceremos la experiencia de la autora y su evolución política y personal. Ebadi ocupó diversos cargos en la judicatura de su país antes de la revolución de 1979. Excluida profesionalmente durante los años ochenta, hoy trabaja como abogada en Teherán defendiendo los derechos de niños y mujeres.

Muy distinta a las anteriores, pero el perfecto contrapunto, es la novela de Iraj Pezeshkzad (Teherán, 1928). Publicada en Irán en 1973, *Mi tío Napoleón* (Ático de los Libros) es una hilarante y magnífica farsa ambientada en Teherán a principios de la década de 1940 y protagonizada por una familia que vive bajo la esperpéntica tiranía de un patriarca estrastral que idolatra a Napoleón Bonaparte. Cuando surge el amor entre el joven narrador y su prima, hija del *tío Napoleón*, un divertidísimo laberinto de intrigas y maquinaciones les impedirá estar juntos. Con su cómica apariencia centrada en las tribulaciones de un viejo loco, la novela podría parecer un entretenimiento inofensivo muy lejos de la realidad y, sin embargo, nada hay tan irreverente y liberador como el humor. Con la sabiduría, humor y ternura de un maestro, Pezeshkzad critica esa actitud tan arraigada, y que ha hecho verdadera fortuna con el actual régimen, de acusar de todos los males de la nación a una potencia extranjera, al tiempo que se mofa de una aristocracia de medio pelo, hipócrita y decadente. No es de extrañar que *Mi tío Napoleón*, considerada una obra maestra de la moderna literatura iraní, esté prohibida en Irán desde 1979.

> chats, estaban conectados al mundo globalizado y, sin embargo, en sus cuerpos en crecimiento y en unas restricciones sociales cada vez más fuertes se encontraban atrapados en una versión islámica de la Inquisición cristiana. Se trataba de una generación postideológica, ajena a todas luces de los más traumáticos recuerdos de la generación de sus padres, desde el golpe de Estado auspiciado por la CIA en 1953 hasta la revolución islámica de 1979, así como de los parámetros políticos dominantes del socialismo terceromundista, el nacionalismo anticolonial y el islamismo militante que habían dividido a la anterior generación.

La victoria de Mahmud Ahmadineyad en junio del 2005 tomó por sorpresa a todo el mundo, dentro y fuera del país, y dio lugar a una nueva época de política ultraconservadora. Muchos consideraron que Hashemi Rafsanjani se encontraba en una posición de ventaja y que su elección estaba asegurada. Sin embargo, lo que careció por completo de precedentes fue que, como resultado de esas elecciones, por primera vez en la vida de la república islámica, casi todos los órganos e instituciones de poder, sujetos o no a la voluntad democrática, pasaron al control total de los ultraconservadores. Ahmadineyad conserva importantes activos políticos. Probablemente el más importante sea el fervor nacionalista nacido del programa nuclear iraní. Mientras su predecesor Jatami se vio criticado por mostrarse abiertamente pasivo y conciliador, a Ahmadineyad se lo tilda de ser demasiado aventurero en su tono agresivo contra Israel y su discurso negacionista del holocausto.

A lo largo de los últimos cinco años, Ahmadineyad ha demostrado ser un populista. De todos modos, sus políticas económicas han sido objeto de unas críticas cada vez mayores que han conducido a una creciente desaprobación pública de su programa político. Y dicha desaprobación procede incluso de los sectores conservadores, cada vez más críticos ante la capacidad de Ahmadineyad de manejar con eficacia los matices de los fundamentos políticos y económicos iraníes. Sin embargo, se olvida que Irán se parece mucho hoy a la Unión Soviética en sus momentos finales. Los intentos de reformar el sistema desde dentro han fracasado, la ideología imperante ha sufrido una progresiva pérdida de respaldo público, y algunos grupos (como los jóvenes y las mujeres) empiezan a sentirse motivados para participar en la desobediencia pública contra el gobierno. Ello ha dado lugar a una escalada de protestas públicas y agitación civil por todo el país.

Las elecciones presidenciales del 12 de junio del 2009 supusieron un punto de inflexión en la vida de los iraníes, que se convirtie-